

En DOS ocasiones durante la peregrinación terrenal del Señor Jesús, el Padre habló desde el cielo, diciendo: "¡Este es mi Hijo amado!" 1. En el bautismo de Cristo. 2. En Su Transfiguración.

El Santo Bautismo. Uno de los siete... sacramentos. El sacramento de la REGENERACIÓN. Dios nos generó en primer lugar, en el Jardín del Edén. Cuando Satanás nos tentó, caímos y nos convertimos en la raza humana mortal y pecadora que somos. Entonces Dios envió a Su amado Hijo para REgenerarnos.

Entramos en el proceso de regeneración a través del Santo Bautismo. Cuando nos bautizamos en Cristo, todo comienza de nuevo. Restaurada la pureza humana, comienza una amistad abierta con Dios.

Se sabe que la Cuaresma existe principalmente como el período final de preparación para los adultos que serán bautizados durante la noche anterior a la Pascua. En otras palabras, Cuaresma significa, en primer lugar: la etapa final de estudio y purificación para los adultos no cristianos a punto de convertirse en cristianos.

En la Pascua original, el antiguo Pueblo de Dios pasó por el Mar Rojo y marchó hacia la Tierra Prometida. Durante la Cuaresma integramos al extranjero y

al peregrino entre nosotros en nuestra Gente, la Iglesia peregrina, para marchar adelante con nosotros.

Para abrazar la gracia de la fe cristiana, un alma debe buscarse muy profundamente. Alguien que busque vivir la vida de la Iglesia debe mirar hacia adentro. Cuando hacemos eso, descubrimos la profunda necesidad que todos tenemos del Salvador y Redentor de la raza humana.

Nuestros cuerpos tienen sed y necesitan refresco líquido. Pero nuestras almas tienen sed, en última instancia, de Dios. Y solo Jesucristo ofrece el agua que realmente apaga esa sed.

Necesitamos luz para guiarnos en este mundo. Cuando se pone el sol, muchos de nosotros tenemos dificultades para conducir. Pero, aún más, necesitamos luz interior para comprender el significado de la vida y cómo alcanzarlo. Solo Jesucristo brilla la luz interior que nos guía a la verdadera paz, al cielo.

Sobre todo, cuando nos enfrentamos a la realidad directamente, reconocemos de inmediato: todos nosotros estamos marchando inexorablemente hacia la muerte. Nadie puede detener el tiempo de ese reloj. Pero Jesús ofrece la verdadera vida divina que vence la mortalidad humana.

Entonces, la Cuaresma existe principalmente para ayudar a los estudiantes del cristianismo a confrontar todas estas verdades de la naturaleza humana y a comprenderlas a la luz del Evangelio y las enseñanzas de la Iglesia. Cuando cualquier ser humano que ha aprendido los fundamentos del catolicismo lucha por cuarenta días para comprender cuán profundamente necesitamos al Cristo, entonces esa alma puede abrazar la fe cristiana con verdadera libertad y compromiso en la Pascua.

Pero la Cuaresma no es solo para catecúmenos no bautizados. La Cuaresma también existe para recordarnos a los cristianos ya bautizados sobre lo que nos sucedió en la fuente. Dios nos regeneró allí, para vivir como sus amigos, como los hijos de su familia. Necesitamos llegar a las profundidades de nuestras almas, también, para redescubrir la presencia siempre nueva y siempre fresca de la verdad y la vida de Cristo. Cuando fuimos bautizados en Él, Jesús nos reclamó como SUYOS para siempre.

Nosotros los ya bautizados, a medida que alcanzamos estas profundidades interiores durante la Cuaresma, generalmente encontramos que necesitamos ser limpiados nuevamente por el agua bautismal. ¿Cómo hacemos eso? Al confesarse! Un antiguo nombre para el sacramento de la confesión es... segundo bautismo.

Pues, hablando de cosas segundas, ¿qué hay de la segunda vez que el Padre declaró: "Este es mi Hijo amado!" El evangelio que leímos hace un momento. Cuando el cuerpo del Señor brillaba con una luz divina brillante, transfigurada. En ese momento, se reveló la regeneración humana realizada por Cristo, generalmente invisible a nuestros ojos.

Santo Tomás de Aquino dice que el bautismo de Cristo en el río Jordán fue el sacramento de nuestra PRIMERA regeneración. Y la Transfiguración de Cristo es el sacramento de nuestra SEGUNDA regeneración. Es decir, nuestra resurrección corporal. Cuando Cristo venga de nuevo, en la gloria que reveló en la Transfiguración, el pecado, Satanás y la muerte ya no tendrán ningún poder sobre nosotros. Recibiremos una vida corporal infinita y divina. Nosotros los cristianos católicos vivimos por nada menos que eso.